

3

Del terror de Estado al error de Estado: Patio 29, Cementerio General de Santiago

En este capítulo seguimos la trayectoria de los cientos de cuerpos de víctimas de los primeros meses del Golpe, desde sitios tales como el Estadio Chile hasta un triste y solitario patio del principal cementerio de la ciudad. Doña Nena González, cuidadora del Patio 29, lleva la historia y mantiene todos sus recuerdos. Nena ha sido testigo de todas las fases: la evidencia de sepultaciones secretas nocturnas; el descarado desecho, a plena luz del día, de cuerpos desnudos, sin ataúd, lanzados de a dos a cualquier tumba abierta; la brutal represión a los manifestantes; las reuniones clandestinas; las exhumaciones e investigaciones oficiales; las manifestaciones en el Patio 29 como destino de marchas por la ciudad; los re-entierros; las ceremonias oficiales de reconocimiento; los familiares buscando información, así como, hoy día, un flujo constante de periodistas y equipos de grabación que quieren saberlo todo y no pagar nada. El Patio 29, el que fuese en su momento uno de los lugares más peligrosos del país para esto de hacer preguntas, es hoy un monumento nacional, que aún recibe los cuidados de Nena González, tal como ha sido el caso por 45 años. Se la sigue viendo, siete días a la semana, rastrillando, limpiando, barriendo, calentando una tetera afuera de su minúsculo refugio, arrugada, cansada, levantándose con dificultad. La tristeza en sus ojos no proviene de una tragedia personal: es la tristeza de lo que ha visto y no visto, de lo que le han contado y lo que no le han contado y – como verdadera víctima colateral del Golpe de Pinochet – de lo que ha soportado.

SIN DESCANSAR, EN MI MEMORIA



Nena González, cuidadora del Patio 29, Cementerio General.

Fuente: Fotografía de Peter Read, editada por Con Boekel.

Estamos en 2001. Desde Providencia, una de las principales arterias santiaguinas, la esposa de un obrero industrial desaparecido, de 66 años de edad, atraviesa el Río Mapocho confinado en su cauce de concreto. Doblando a izquierda y derecha, avanza más allá del sector turístico de Bellavista: bajando por Avenida La Paz, hasta que por la derecha llega a la gran entrada del Cementerio General de Santiago. No sigue derecho hacia el espacio reservado para los héroes de la República; sino que, en cambio, gira a la derecha, más allá de los mausoleos imponentes de las familias dominantes de la nación. A cincuenta metros de la entrada principal, los bloques ordenados de tumbas o «patios» empiezan a lucir menos imponentes, aunque de ninguna manera descuidados. Al final del cementerio, dobla a la izquierda y camina a lo largo del muro posterior, perforado por cientos de nichos corrientes, en los que justo cabría un ataúd. Esta mujer no ha visto a su esposo desde el 14 de septiembre de 1973, cuando los militares irrumpieron en su hogar, lo agarraron y lo tiraron en un camión. Hoy es el 44° aniversario de su matrimonio. Y es por eso que ella está llegando al Patio 29, con sus letreros de colores característicos blanco sobre verde, que son los que el Estado chileno emplea en sus monumentos nacionales:

El patio 29 es un lugar emblemático de las violaciones a los Derechos Humanos ocurridas entre 1973 y 1990, puesto que se utilizó para ocultar los cuerpos y las identidades de los Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos durante el régimen militar.

Saluda a la anciana cuidadora en su guardapolvo azul, que está barriendo los senderos entre hoyos vacíos y cruces de fierro con una escoba gastada. «Buenos días, Señora.»

Los patios 28 y 30, a ambos lados del Patio 29, brillan de colores, flores artificiales, pequeños molinos de viento y toldos para cobijar a los muertos y asegurarles que no se les ha olvidado. Las flores frescas son reemplazadas constantemente. Hay pájaros que saltan entre los arbustos. En todas partes hay gente, en los fines de semana los patios 28 y 30 están atestados.¹ Pero el Patio 29, el que está visitando esta viuda, está solitario y feo, y tiene pocas visitas. Hay cruces de fierro, muchas con un «NN» burdamente pintado sobre ellas. El espacio está intercalado con feos agujeros, de donde

1 Hace poco, los patios del cementerio han sido reenumerados, pero por conveniencia aquí nos referimos a ellos por la numeración antigua.

los cuerpos han sido exhumados. A veces el patio está verde y florido, pero más a menudo seco y arruinado. Por compañía, la viuda solo tiene fotografías de Detenidos Desaparecidos que agita el viento o crudamente pegadas en las cruces. *¿Dónde está?*, preguntan. *¿Dónde está él?* *¿Dónde está ella?* Al igual que muchos miles de otros chilenos, ella tampoco tiene idea; pero es aquí en el Patio 29 donde puede contemplar el lugar donde el cuerpo sin vida de su marido desaparecido *pudo* haber sido subrepticamente depositado hace tantos años atrás. Y luego *pudo* haber sido subrepticamente exhumado en 1983 y desechado en otro lugar, cuando los militares supusieron que habría un ajuste de cuentas por los desaparecidos; pero fue también aquí de donde aquellos restos humanos fueron exhumados, sobre los que se le aseguró que correspondían a los de *su* marido. Las autoridades legítimas examinaron y en 1995 identificaron los restos; pero 18 meses más tarde le dijeron que, después de todo, no había sido su marido y que el cuerpo de quién sea que ella había sepultado al lado del de su suegra había que volver a quitarlo. Y finalmente es aquí y solamente aquí; en este espacio desolado, poco atractivo, donde puede imaginar que podría ser el último lugar en la Tierra donde la luz del sol o de las estrellas haya tocado por última vez el cuerpo de su marido desaparecido.

O bien es posible que su cuerpo nunca haya estado aquí.

Sola Sierra, cuyo marido llevaba más de 20 años desaparecido cuando fue entrevistada en 1994, pisó ese mismo espacio feo del Patio 29 al reflexionar:

Todo eso racionalmente le hace suponer que está muerto. Pero emocionalmente mientras uno se enfrenta a esa situación, así ciento por ciento uno no puede asumirlo. A menudo se da el caso de que hay personas que cuando recién aparecen restos, por ejemplo en Pisagua o Colina, que uno inmediatamente empieza a asumir la posibilidad de que la persona que uno buscó durante tantos años que pueda estar muerta, y cuando se identifica y no le corresponde, a uno le viene como un alivio, ah, no era él.²

2 Sola Sierra, entrevista, junio de 1994, en Mark Ensalaco, *Chile Bajo Pinochet: La Recuperación de la Verdad*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 160.

María Eugenia Horvitz está casi segura que es la viuda, no la esposa, de su marido Enrique París, uno de los asesores cercanos a Allende, que permaneció con el presidente en la mañana del Golpe. A mediodía había desaparecido; pero ella no podrá nunca estar completamente segura de que su cuerpo haya sido uno de los que tiraron en el Patio 29:

Tú tienes la misma sensación descrita por Kafka. Luchas contra el terrorismo de Estado, contra la gigantesca maquinaria que ha caído sobre todos tus seres queridos. Y todo eso, que estás moralmente obligada de hacer, no vale absolutamente nada. Excepto como rescate de una verdad que deberá permanecer para otros. Produce una gran angustia.³

La eliminación de los cadáveres de las personas asesinadas en el Estadio Chile y en el resto de la ciudad representaba un problema que las fuerzas armadas, en toda su planificación secreta, no habían previsto. En esa primera semana, después de las muertes de Allende y de Jara, cientos de cuerpos yacían descomponiéndose en las calles de la capital. Se contaron más de 80 cadáveres bajando por las aguas del Mapocho. La matanza de los primeros cuatro meses después del Golpe representó la mitad de los casos de muerte o desaparición durante los 17 años de Dictadura.⁴

Las primeras ideas de los militares sobre cómo deshacerse de los cadáveres contemplaban cremaciones en masas, pero cambiaron rápidamente de parecer en favor de entierros secretos en lugares apropiados. ¿Pero dónde? Según el entonces director del crematorio del Cementerio, Rogelio Rodríguez, en el Patio 29 casualmente había 320 lotes vacantes, listos para su uso inmediato.⁵ Fuera de vista, en el extremo posterior del cementerio, parecía ideal; hasta ese momento, en toda su existencia, solo había sido usado para las tumbas de indigentes muertos en la calle o en el Hospital Psiquiátrico.⁶ Así, desde mediados de septiembre de 1973, desde

3 Horvitz en Estéban Larraín, *Patio 29: Historias de Silencio*, Fondo de Desarrollo de los Artes y la Cultura, Ministerio de Educación, Chile, Fundación Ford, documental, 1998.

4 Larraín, *Patio 29*; Padilla Ballesteros Elías, *La Memoria y el Olvido – Detenidos Desaparecidos en Chile*; Marivic Wyndham y Peter Read, «From state terrorism to state errorism»: *Post Pinochet Chile's long search for truth and justice* [Del terrorismo de estado al errorismo de estado: La larga búsqueda de verdad y justicia en el Chile post Pinochet], en J. Keene, ed., *Where Are the Bodies? A Transnational Examination of State Violence and Its Consequences* [¿Dónde están los cuerpos? Un examen transnacional de la violencia estatal y sus consecuencias]. *The Public Historian* 32(1), febrero de 2010, pp. 32–33.

5 Rogelio Rodríguez, entrevista, 7 y 8 de noviembre de 2008.

6 Javier Bustamante y Stephen Ruderer, *Patio 29. Tras La Cruz de Fierro*, Ocholibros, Santiago, 2008, p. 40.

la morgue o los refrigeradores del Instituto Médico Legal, comenzaron a llegar camiones llenos de ataúdes improvisados. Cuando se agotó el suministro de ataúdes, se apilaron los cuerpos de a dos o tres en cajones de madera e incluso sobre tablones. Bajo estrecha vigilancia militar, los cuerpos fueron depositados en las cuatro filas delanteras de 80 tumbas disponibles sin marcar, salvo con una cruz de latón que decía NN.⁷ Tres meses más tarde, el Patio 29 estaba repleto; los cadáveres sobrantes iban al Patio 7. A los trabajadores se les advirtió que guardaran estricto silencio, a la vez que todo acercamiento no autorizado al área quedaba estrictamente prohibido.

Cada patio o recinto del cementerio tiene una cuidadora que se encarga de mantener su patio limpio y acogedor: de volver a poner las flores desordenadas por el viento, mantener a raya las malas hierbas, regar las flores frescas, mantener los caminos rastrillados, dar seguimiento a quién está enterrado dónde. Se espera de ella que sea capaz de responder preguntas y que conozca a la mayoría de los deudos visitantes por su nombre. Es de su interés estar bien informada: casi todas las cuidadoras trabajan siete días a la semana durante el horario de apertura, pero no reciben ingresos de parte de la administración del cementerio y dependen enteramente de propinas y donaciones. Cada cuidadora tiene un pequeño cobertizo, donde puede protegerse de la lluvia, preparar una colación y guardar sus herramientas bajo llave.

La cuidadora del Patio 29 era, y es, Nena González. Su abuela y su madre trabajaron en el cementerio toda la vida. Nena nació, según dice, para este trabajo. El lugar donde estaba el hogar donde nació, se encuentra ahora dentro del cementerio mismo.

La noticia de la muerte de Allende la sintió como tragedia personal: como médico de su familia, había luchado por salvar la vida de su hermano, que sufría de poliomeilitis, antes de que muriera. En la mañana del Golpe, tal como a la mayoría de los santiaguinos, el toque de queda con anuncio de «disparar sin previo aviso» le impidió volver al trabajo por el resto de la semana.

7 Larrain, *Patio 29*; Rogelio Rodríguez, entrevista, 22 de septiembre de 2007.

La primera misión de Rogelio Rodríguez, encargado del Crematorio, fue encontrar y desechar las docenas de cadáveres que llegaban a diario:

Yo vi como los cuerpos sin vida llegaban todo desmembrados. Porque si se les había disparado de frente, sus espaldas estaban todas destruidas, era atroz. Después tuve que subirme a los camiones, para ir a recoger cadáveres en las calles. Fuimos con los trabajadores a sacar cuerpos de las calles. Fuimos en septiembre, octubre, noviembre, entonces a sacar cuerpos del Río Mapocho. A veces los cuerpos estaban apilados en las afueras del Instituto Médico Legal de Avenida La Paz, porque había toque de queda de las ocho de la noche hasta las siete de la mañana, nadie podía andar por las calles. Sí, eran tiempos de un tremendo terror. Traían y dejaban los cuerpos para que mi gente y yo los entráramos y registráramos.⁸

Nena volvió a su puesto como cuidadora del Patio 29 el 15 de septiembre y se encontró con que los militares la ignoraban, casi como si no estuviera allí, pero estaba observando, desde su refugio, a una distancia de no más de 10 metros. Ella lo recuerda con horror:

Yo vi los cajones cuando venían de a dos, cuando venían desnudos, cuando venían tiesos, como congelados, y eso no fue todo lo que vi, yo vi todo en el mundo. Así que no resistí. Un día me desmayé ...

Todos los días, dos camiones, uno rojo, uno gris, llegaban trayendo cadáveres desde la morgue.

Nena no tuvo otra opción más que acostumbrarse a las llegadas diarias:

Después me puse más dura, después ya no me dolía tanto ver cuando venían los cuerpos. Es como una cicatriz que se pone más dura. Sí, es una cosa difícil de olvidar. Aunque es una mala comparación, era como que uno se había dado cuenta de que era un matadero, animales colgando juntos, con la diferencia de que venían dentro de un cajón. Todos desnudos, hombres y mujeres. Y también niños.

Mientras los entierros continuaron hasta fines de 1973, Nena siguió siendo la única persona civil cuya presencia se permitía dentro de los 50 metros de su patio. En 1974, cuando las patrullas militares se hicieron intermitentes, corriendo un gran riesgo, familiares de las víctimas se acercaron, con cautela, a Nena, a preguntarle por sus seres queridos. Casi siempre tenía que contestar que no, ya que lo único que ella había visto

8 Rogelio Rodríguez, entrevista.

eran los cadáveres rígidos y desfigurados que eran lanzados, de a dos en vez, a los hoyos. «¿Pero está segura? ¿Está segura?» Nadie, ni siquiera los propios militares, podían estar seguros.

Cualquier información era extremadamente valiosa y, al menos para una familia, la memoria de Nena, por suerte precisa en cuanto a la ubicación de una víctima en su patio, permitió, una noche, la exhumación clandestina, realizada por la familia y el re-entierro, en el Cementerio Católico vecino, de Patricio Munita, asesinado el 14 de diciembre de 1973. Cuando con el tiempo la noticia de la operación audaz de los familiares llegó a oídos de las – indignadas y avergonzadas – autoridades militares, la culpa y el castigo cayeron sobre los trabajadores del cementerio. Algunos fueron despedidos. Otros fueron detenidos y torturados. Nena de algún modo logró sustraerse a las sospechas. Se trata del único caso conocido de una exhumación realizada por familiares en el Patio 29 durante la Dictadura.⁹

Por el resto de 1973, Rogelio Rodríguez permaneció en el Instituto Médico Legal, donde los cadáveres sacados del río, de los campus universitarios y de las poblaciones marginales deben llevarse primero, para su identificación y registro:

Y la gente, tanta gente llegaba al Instituto Médico Legal a preguntar si había novedades, pero yo no podía darles información alguna. Sí, los familiares venían a hablar conmigo. Había toneladas, parece que los soldados les estaban dando órdenes de preguntarme a mí.¹⁰

Tiempo después, sospechoso de ocultar información, Rogelio Rodríguez fue detenido y torturado:

Me tiraron al suelo y empezaron a cubrirme, iban a sepultarme vivo. Me tiraron encima un balde de tierra. Después me metieron la cabeza en un balde con agua. Tortura. Y yo, y todos los que llegaban, íbamos a ser torturados ahí. Yo estaba con otros compañeros, trabajadores y otras secciones, que habían sido tomados presos porque los acusaban de ser miristas o comunistas. Éramos alrededor de treinta de nosotros en este período, nos metieron a cada uno en régimen de aislamiento, sin cama, sin nada, en el suelo.

9 Nena González, entrevista.

10 Rogelio Rodríguez, entrevista.

El tour, 2009

De apariencia inofensiva, discreta, sin mirar nunca en la dirección equivocada, Nena se mantuvo en su puesto. Desde su puesto de observación, un poco más alejado de su patio, cerca de la tumba de Víctor Jara y generalmente inadvertida por los trabajadores del cementerio y los soldados que miraban en la dirección opuesta, Nena estaba en una posición inmejorable para seguir subrepticamente los sucesos del día. Su pequeña subsistencia se basaba enteramente en hablar con los que se aferraban de cada pequeño detalle.



En 1973, el cobertizo de cuidadora de Nena González estaba en este lugar del Patio 29. Desde aquí, sin ser observada, ella fue testigo de la eliminación de los cadáveres de cientos de los muertos en las primeras semanas del Golpe.

Fuente: Fotografía de Peter Read, editada por Con Boekel.

Para ella, casi cada hoyo en la tierra relata una historia. Una vez escondió a dos visitantes subrepticios en una tumba cercana vacía, y en otra oportunidad ocultó a la viuda de Neruda, Matilde Urrutia, en su propio pequeño refugio, cuando se acercaban los militares. Al caminar por el

patio recordó quizás el incidente más preocupante, que revela por cierto, el peligro extremo que esperaba a cualquiera que tratara de recabar información:

La otra cosa que quería contarle, que no se la he contado a nadie antes – conocí a una persona aquí. Él estaba en esa sección, ahí no más, así que me enteré de todo lo que pasaba aquí. Un día llegó un cura, venía a la tumba. Él siempre andaba muy furtivo. A la misma tumba también llegaban una madre y un padre. Él era un cura joven, pero venían separados. Y yo no me había dado cuenta de que dejaban un pedacito de papel debajo de una piedra. Me da miedo contarle, pero se lo voy a contar igual. Escondían el papel debajo de la piedra y la señora, la madre, llegaba y sacaba el papel y dejaba otro [en su lugar]. Al rato llegaba el cura y dejaba otro. Ellos se comunicaban de esta manera. Y un día me metí, lo que lamento todos los días de mi vida, porque me dije que tenían que haberle puesto algo. Me metí y leí el papel ... El papel decía «Hijo, te amo profundamente, tu madre y tu padre te aman, por favor cuídate, donde sea que estés, o si estás lejos». El del curita decía «Mami, te quiero mucho, le dije a Papi que lo amo mucho, cuídense, yo estoy bien, no se preocupen, eso es todo, yo estoy bien, no se preocupen».

En base a semanas de observación, y más lectura de notas, se dio cuenta de que el joven sacerdote, que siempre vestía como carmelita y había sido supuestamente ejecutado por los militares, ¡de hecho era hijo de la pareja de ancianos! Un funcionario debía haber estropeado la identificación; el sacerdote se había ido a la clandestinidad y de alguna manera les había hecho saber a sus padres que estaba vivo y que podían comunicarse con él por medio de mensajes dejados en lo que se suponía era su tumba. El patio de Nena se había transformado en buzón clandestino de una familia. Una o dos veces, el sacerdote se acercó a Nena para preguntarle con melancolía cómo se veían los ancianos. «Siempre tristes», replicó Nena. Aunque había captado de lo que se trataba, se guardó el secreto. De haberse escuchado un comentario casual, al sacerdote, al padre, o cualquier persona, podría haber significado la muerte para el hijo, una tragedia para los padres, así como detención y tortura, y la desaparición probable para ella misma. ¿Habría sobrevivido el joven sacerdote escondido en un monasterio carmelita? ¿Habría huido al extranjero? Concluyó su camino por el segundo sendero de su patio con un mensaje al propio sacerdote: «Si usted sigue con vida y lee estas palabras, venga a verme, porque usted sabe quién soy, pero usted no sabe que yo conozco su historia.»

Deteniéndose junto a otra tumba junto al tercer sendero, Nena explica el peligro mortal que corría cualquiera persona asociada con el Patio 29 de ser sorpresiva y arbitrariamente arrestada.

Mentiría si le dijera que alguna vez fui acosada aquí en algún momento, no, nunca, nunca. A veces [los militares] hacían comentarios groseros pero yo siempre me sentía mal. Me sentía mal, porque ellos me habían dicho que no me metiera aquí, o que hablara, que no hablara con nadie. (Yo les respondía) «¿Cómo podría yo no hablar con nadie si el público me hace preguntas sobre algo?» Si, les decía, es el público el que me paga y también habla conmigo en los jardines sobre el cuidado y todo lo demás. «Ustedes me dicen que no hable de nada que yo haya visto, pero yo no he visto nada.»

Muchas veces se protegió fingiendo ignorancia. Pero incluso un acto gentil y piadoso por los muertos invitaba a ejercer venganza. Ella recuerda que cuando ella y una compañera cuidadora hicieron una corona de claveles rojos para colocarla fuera del nicho que contiene el cuerpo de Víctor Jara – apunta a un nicho a 30 metros de distancia – dos soldados la rompieron. Apunta a una oxidada cruz de hierro que aún sigue marcada con las iniciales NN. Recuerda que ella, dos de sus hijos y un amigo juntaban unas pocas flores de las coronas de los otros patios para colocarlas en las tumbas sin nombre del 29:

Un 1° de noviembre, justo el 1° de noviembre, día de los difuntos, de ese año 1973, yo estaba aquí con dos niños, ahora son hombres adultos. Estábamos trayendo flores para acá, había tantas flores, y las poníamos en las tumbas NN (anónimas). Había tantas coronas, le digo, que las pusimos para que no fueran más NN. Y un día hasta llega un teniente y este teniente nos dice, a mí y a los niños, acá, y nos dice «¿Qué están haciendo acá?» «No, estamos poniéndoles flores a los muertitos que no tienen flores, que no tienen florcitas.» Y el teniente me dice a mí – nunca lo voy a olvidar – él dice que «estos perros no valen las flores» y fue como una patada en el vientre ... Él obviamente sabía que yo trabajaba aquí. «Estos perros no merecen ni una sola flor.»

La observación y la intuición sólo podían llevarla hasta allí. Una tarde, un grupo de efectivos de la DINA llegó apresuradamente a desenterrar un cuerpo del que ella sabía que se trataba de un «gringo» y llevárselo. ¿Habría sido ese el cuerpo de Charles Horman, del que trata la película *Missing*?¹¹ Hasta el día de hoy, Nena González sigue sin saberlo.

11 Costa-Gavras, *Missing*, 1982, con Jack Lemmon y Sissy Spacek. Siete meses después de que el empresario norteamericano Ed Horman visitara Chile para exigir información sobre el paradero de su hijo, recibió su cuerpo sin vida. Una autopsia fue, sin embargo, imposible.

Sin embargo, quedaban rastros de humanidad aquí y allá entre los militares. Apareció un «ángel guardián», el que reveló que cuando no hacía turnos en el cementerio, las hacía de guardia en la casa de Pinochet. Él le susurraba información mientras parecía conversarle de manera oficial; una vez le llevó de contrabando un cartón de cigarrillos. Todo gracias a Santa Lucía, dice Nena, la santa patrona de los mártires femeninos. Para el soldado el riesgo era mucho mayor que para Nena: desgracia, tortura, una muerte horrible.¹² Ella se pregunta qué pasó con él. Como tantas otras, esa información también está perdida en «la Noche y Niebla».¹³

En 1976, con grave riesgo para ella misma, Nena pasó el primero de numerosos mensajes a la Vicaría de la Solidaridad de Chile.

La Vicaría era una organización de Derechos Humanos patrocinada por la Iglesia Católica, que funcionaba en un edificio adyacente a la Catedral de Santiago, lo que hacía posible ingresar a sus oficinas en forma clandestina, a través de un pasaje subterráneo desde la propia catedral. Oficialmente creada por el Papa Pablo VI en 1976, a solicitud del formidable primado chileno Cardenal Raúl Silva Henríquez, estableció primero un servicio de defensa pública para las familias en duelo; igualmente importante, comenzó a recoger en secreto toda la información, de cualquier fuente, sobre violaciones de los Derechos Humanos, en particular desapariciones, entierros clandestinos y exhumaciones.¹⁴ La recopilación de información era altamente peligrosa para cualquiera sorprendido comunicando o recibiendo tales informaciones. Nena, a la que se consideraba una informante clave, fue invitada a una visita clandestina a contar lo que sabía. Tortuosamente se dirigió a la catedral para aparecer como devota. Temblando de miedo entró en la propia Vicaría a través del túnel utilizado por cualquier persona dedicada a la búsqueda o recopilación secreta de información. Allí los nervios le fallaron. Regresó al Patio 29. La segunda

12 En cuanto al castigo de un guardia sorprendido mientras ayudaba a prisioneros en Villa Grimaldi, véase el Capítulo 7.

13 «Noche y Niebla» era la política de intimidación de la población a través del procedimiento de la desaparición de personas después de su arresto, después del cual se negaba todo conocimiento sobre los afectados. Pinochet modeló su política siguiendo al Jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht, Wilhelm Keitel (Ensalaco, *Chile Bajo Pinochet, La Recuperación de la Verdad*, p. 84). Los nazis, en los países ocupados, ponían en las puertas de las celdas de los prisioneros políticos, destinados a hacerlos desaparecer la sigla «NN», esto venía de una frase de la obra el Anillo de los Nibelungos «ellos se perdieron en la Noche y Niebla» «Nacht Und Nebel».

14 Técnicamente asumió la labor ejercida por el Comité Chileno de Cooperación por la Paz hasta que Pinochet la clausuró en mayo de 1974. Por espacio de 14 años suministró servicios legales, recopiló información y registró los abusos a los Derechos Humanos de muchos miles de chilenos; *Historia*, Arzobispado de Santiago, Fundación Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad.

vez en 1982, la Vicaría, que había prometido velar por ella, la llevó en un taxi. Esta vez, Nena reveló toda la información de la que había tenido conocimiento a través de sus observaciones y sus conversaciones prohibidas con otros trabajadores.

En 1979, la Vicaría, basándose en gran parte en la información suministrada por Nena, hizo pública su convicción de que en el Patio 29 yacían muchos cientos de víctimas sin identificar.¹⁵ Continuando con la invocación de las instancias internacionales de Derechos Humanos, el vicario exigió que las identidades de los sepultados en el Patio 29 se revelaran. El juez Humberto Espejo, ministro en visita, que llevaba la causa de los desaparecidos de Paine, requirió que la Vicaría le suministrara toda su información, inclusive un mapa (provisto por Nena), mientras que a la DINA, le exigió la información, aunque insuficiente y confusa, sobre autopsias que habían estado en poder de sus predecesores.¹⁶ El informe preliminar del juez Espejo indicó que seis de los cuerpos exhibían algunas características físicas que corresponderían a los trabajadores desaparecidos en Paine; en 1981, el juez Espejo sorpresivamente se declaró incompetente y abandonó el caso en forma abrupta, cuando la Fiscalía Militar de Santiago ordenara no incinerar, exhumar o transferir ningún cuerpo enterrado en el Patio 29. Un año después, en 1982, el gobierno militar mostró su absoluto desprecio por los derechos de las personas de enterrar y honrar a sus muertos, y en una acción burlescamente llamada «Operación retiro de televisores», exhuma al menos 200 de los 320 cuerpos enterrados allí, para probablemente ser incinerados. Las identidades de esos cuerpos y el lugar donde finalmente yacen sus restos, no han sido nunca revelados.

Mientras tanto, un aviso anónimo de parte de un trabajador del cementerio a la Vicaría llevó a ésta a presentar un reclamo formal ante la Fiscalía Militar.¹⁷ Después de aviso, de nuevo le solicitaron a Nena que fuera a la Vicaría a revelar lo que ella había presenciado de los «televisores».

15 Rogelio Rodríguez mantiene los registros en línea de varios cientos de personas enterradas en el Patio 29.

16 La DINA se estableció en noviembre de 1973, con poderes que incluían la capacidad de agregar todos los servicios de inteligencia existentes, así como ingresar a domicilios y arrestar personas y mantenerlas detenidas. El primer director fue el coronel Manuel Contreras Sepúlveda; Bruno Serrano, *Exhumación del Olvido*, CEIBO, Santiago, 2013, p. 33.

17 *Declaran Monumento Nacional al Patio 29*, CIREN, Crónica Digital, 13 July 2006, p. 1.

Aquí cuando los sacaron (cuerpos), nadie sabía qué iba a suceder. No, na'a, de repente vi que estaban abriendo el patio, eso es todo, y después les dije [a los funcionarios de la Vicaría] que lo iban a arrasar, y después eso fue lo que pasó, sacaron a la mayor parte. Los sacaron y yo no sé qué hicieron con ellos, si se los llevaron o los quemaron. Para mí, que los quemaron. Entonces lo que pasó es que yo les advertí [a la Vicaría] que al día siguiente se iban a llevar otros tantos más. Así que la Vicaría se hizo presente y los periodistas también y todos. Pero no pudieron hacer nada y siguió así. Por cierto, yo les advertí, yo les dije ...

Por cierto, yo no quería ir porque estaba aterrorizada. Y les dije como fue, les dije todo.

Poco se logró, aparte de reunir algo más de pruebas. Nadie estaba en condiciones de parar esta exhumación en masa, sobre de la que se sabía a través de rumores.

Como veremos tan a menudo en este análisis, los familiares de las víctimas no pudieron ni dar con el paradero de personas desaparecidas, ni comenzar a crear un Sitio de Memoria por las desapariciones sino hasta 1989, después de las primeras elecciones libres en 19 años. Después de la elección, el nuevo Presidente y líder de una alianza difícil de partidos de izquierda moderada y centristas, Patricio Aylwin, declaró que la Transición a la Democracia había comenzado. Sin embargo, las familias seguían buscando a sus desaparecidos. La prensa informaba que «Cada momento que pasa hace que la posibilidad sea más remota de que los restos vuelvan a aparecer».¹⁸ La llamada Comisión Rettig subrayó de manera significativa la necesidad de la reconciliación nacional en su informe y nombró a 979 Detenidos Desaparecidos y 1319 Ejecutados Políticos.¹⁹ La Vicaría presentó cargos criminales en contra de los responsables tanto por las inhumaciones iniciales, como por las exhumaciones ilegales de 1982 en el Patio 29. Así, en 1991, un equipo de antropólogos forenses y médicos designado por el gobierno comenzó el proceso de exhumación e identificación. Al Patio 29 se le asignó primera prioridad pero ¿qué víctimas se encontrarían y cómo se les iba a identificar? ¿Se descubriría a los autores, se conocerían sus nombres, serían castigados?

18 Gonzalo Vial, El Mercurio, Santiago, 30 de abril de 2006.

19 Los cálculos de Amnestía Internacional en 1996 llegaban a un total de 3107 víctimas considerando todas las formas de desaparición y muerte.

Aylwin se mantuvo firme en que su primera prioridad era una reconciliación nacional que excluiría acciones legales iniciadas por el Estado contra los perpetradores: «no iba a haber consecuencias penales resolviendo la cuestión de la identidad de los responsables de los crímenes».²⁰ La falta de «consecuencias penales» parecía ser la manera más segura de evitar que los militares interrumpieran el proceso.

El Patio 29, entonces, sería investigado – pero ningún perpetrador sería enjuiciado, y ni siquiera nombrado. De hecho, el compromiso resultaba adecuado para el gobierno y para las necesidades inmediatas de la mayoría de las familias. También les convenía a los militares que, protegidos de esta manera de los procedimientos judiciales, podían darse el lujo de aparecer conciliadores. De este modo, el Patio 29 se estaba transformando en un sitio de inusual cooperación entre todas las partes políticas. Todos deseaban una solución exitosa y pronta.

Las exhumaciones se efectuaron – con enormes dificultades. Esta analogía memorable fue suministrada por Paco Etcheverría:

Imagínate que en un avión no sabes cuántos pasajeros van y se cae en algún lugar de las montañas que nadie localiza ni muestra interés. Así pues, un avión con un conjunto de pasajeros que no sabes quiénes son, están desaparecidos. Transcurren 10 años en aquellas montañas y unos exploradores que están subiendo la montaña descubren que en un cementerio abandonado que existía en esas montañas, en un pueblo abandonado, el avión se cayó sobre el cementerio y los muertos de esta catástrofe quedaron enterrados mezclados con otros muertos que también estaban en ese cementerio, y por si falta algo, este avión al chocar se incendió, con lo cual algunos de los restos de quienes viajaban desaparecieron. Porque ten en cuenta que en el Patio 29, cuando se produjo la intervención judicial, ya habían exhumado un conjunto, no pequeño. Han tenido que desaparecer también algunos Detenidos Desaparecidos. Yo vuelvo a decirte, tenemos entonces que en este cementerio, ahora cuando se da la noticia de que se ha encontrado el sitio donde se cayó el avión, llegan los especialistas y recogen material de aquí dentro y se llevan al laboratorio restos de gente que seguramente iban en el avión, con restos óseos de gente que no tiene nada que ver. El universo de los que van en el avión no está claro y tú tienes en el laboratorio no sé cuántas osamentas que algunas son, que algunas no son, y algunas que están mezcladas.²¹

20 Pamela Pereira, hija de un detenido desaparecido de Paine y abogada de Derechos Humanos, in Larraín, *Patio 29*.

21 Paco Etcheverría, entrevista en Bustamante y Ruderer, *Patio 29*, pp. 9–10.

En 13 días, el equipo forense extrajo 126 cuerpos de 107 tumbas. Algunos de los esqueletos, según el recuento de Nena, estaban aún amarrados con alambres de púas, envolviéndolos en forma de ocho.

La mayoría de los exhumados tenían entre 20 y 30 años de edad. En el laboratorio, cada uno fue dispuesto anatómicamente para determinar la edad, la estatura, el sexo, el estado de la dentadura y características especiales.²² Naturalmente, los familiares ansiosos eran participantes activos, reconociendo, o creyendo reconocer, a su familiar a primera vista. «Este es mi hijo. Yo lo reconocería en cualquier lugar.» «Yo lo reconocí por su cráneo. Mis hijos heredaron la misma forma.»²³ A través del largo, bien intencionado y doloroso proceso, los equipos y las familias trabajaron en estrecha unión. «¿Podría usted traer una fotografía de él, mejor una en la que aparezca sonriendo, para que podamos comparar diente por diente?» «¿Conserva usted alguno de sus zapatos?»²⁴

Tanto para los familiares, como para los funcionarios del Servicio Médico Legal, el acto de devolución de los restos fue solemne y traumático, pero también reparador. Los familiares cercanos acompañaban al especialista, que a esas alturas y bastante a menudo había llegado a ser un amigo, a inspeccionar el esqueleto ensamblado. Él o ella explica con un detalle increíble e insoportable cada lesión detectada: una costilla fracturada, un brazo quebrado en edad infantil, un cráneo perforado. «Esta es la trayectoria, por la que la bala entró y salió de su cerebro.» «La ausencia de todo tejido cicatricial sugiere que se encontraba aún con vida cuando se le aplicó un soldador a las piernas.» Ninguno quiso que se le librara de la narrativa de horror. Por devastadora que fuera, era ahora *su* narrativa, un elemento central de la historia de la familia para las décadas venideras. Era una verdad de las más crueles, pero era *su* verdad. El hijo, la hija, marido o esposa ya no estaba «desaparecido», sino que había sido «ejecutado». Los familiares ahora podían unirse a la comunidad «normal» de deudos, designar un lugar para sepultarlo, poner un nombre en la placa con una fecha y un mensaje de amor, llevar flores y ofrendas a la tumba. Algunos fueron sepultados en los alrededores o en mausoleos familiares. Unos pocos restos fueron llevados al extranjero por avión. Las mujeres de los

22 *Memorias del Grupo de Antropología Forense y Suporte al Campo de los Derechos Humanos en Chile*, V Congreso Chileno de Antropología, 8–12 de noviembre de 2004.

23 Larrain, *Patio 29*.

24 Silvio Caiozzi Caiozzi, *Fernando Ha Vuelto*, Andrea Films Production, documental, 1998; Enrique Ahumada, *Dr. Patricia Hernández: La ardua tarea de identificar los cuerpos de detenidos desaparecidos, Caso Pinochet*.

Detenidos Desaparecidos se transformaron, de la noche a la mañana, en viudas con beneficios legales y financieros. Ellas ahora tenían derecho a una pensión, a subsidios para la salud y la educación de sus hijos.²⁵ Los rituales y visitas a la tumba en los aniversarios de nacimiento o de matrimonio se hicieron parte de la vida familiar. Las viudas volvieron a casarse. Los padres murieron en la seguridad de que los restos de sus hijos yacían, ahora por fin, seguros.²⁶

Entre 1993, el año de la identificación, y 1998, 96 de las 126 víctimas habían encontrado su lugar final de descanso. Los otros cuerpos seguían sin identificarse. Y aunque otros restos en otras partes del país habían sido identificados y vueltos a enterrar, para los sucesivos gobiernos de la Concertación, el Patio 29 seguía siendo esgrimido como la prueba que se había hecho todo lo que se podía.

Abril de 2006 trajo un llamado urgente de los funcionarios del Instituto a los 96 representantes de las familias a participar en una reunión. Sin haberseles advertido de lo que debían esperar, se les hizo partícipes de una presentación de Powerpoint en la que se enumeraban los nombres de diversas categorías de identificación errónea. Las familias individuales debieron buscar en una lista en pantalla para encontrar los nombres de sus seres queridos. Las técnicas más recientes de ADN habían socavado todos los hallazgos. En definitiva, la revelación terrible consistía en que ocho de las 96 víctimas habían sido mal identificadas y que todo el resto estaban bajo la duda. Familias que habían esperado 25 años poder descubrir el destino y el paradero de su familiar desaparecido, ahora descubrían que los restos que habían sepultado hace años no correspondían – o podían eventualmente no corresponder – a ellos después de todo. Un padre exclamó:

Mal identificados significa reabrir heridas, mal identificados significa reiniciar la búsqueda, mal identificados significa que nuestros seres queridos vuelven a desaparecer, mal identificados significa un dolor que jamás pensamos que deberíamos volver a vivir.²⁷

25 Los beneficios disponibles hoy días para las víctimas y sus familiares se encuentran a disposición a través del Instituto Nacional de Derechos Humanos, *Beneficios establecidos por ley a las víctimas y familiares de violaciones ocurridas durante la dictadura*, www.indh.cl.

26 Caiozzi, *Fernando Ha Vuelto*.

27 Jacmel Cuevas P., *Informe de Universidad de Granada sobre Patio 29. Errores en identificación fueron confirmados por expertos externos a Glasgow*, Archivo Chile, 27 de Abril del 2006.

Las revelaciones hacían imperioso volver a exhumar los restos de las tumbas familiares, devolver los relatos de tortura y asesinato que las familias habían llegado tan terriblemente a poseer. Estos ahora pertenecían a la familia de otra persona. ¿Pero, de quién? El Servicio Médico Legal emitió unas disculpas públicas, perentoriamente rechazadas por la hija de uno de los que habían vuelto a ser Detenidos Desaparecidos:

Los perdones ... ahora simplemente para mí no son nada. Que vaya a la iglesia ...²⁸

Una dirigente del Grupo de Familiares de Detenidos Desaparecidos reconoció que, aunque cualquier cosa había sido posible bajo la Dictadura, ese período había terminado:

Pero qué lástima que esto suceda en estos días ... Hablamos de la negligencia del Servicio Médico Legal. Estamos hablando de la indiferencia de las autoridades, que no fueron capaces de escucharnos. Hay Presidentes que no nos escucharon: Patricio Aylwin, Eduardo Frei y Ricardo Lagos, pero sí escuchaban a aquellos que querían proyectos de impunidad.²⁹

Hubo nuevas revelaciones sobre la complicidad del gobierno en mantener en reserva las dudas críticas, que dañaron aún más las frágiles relaciones entre el Estado y las familias de las víctimas. Quedó de manifiesto que, ya en 1994, un equipo de expertos forenses de la Universidad de Glasgow, al revisar los avances, había planteado la urgencia de cambiar al personal y los procedimientos de identificación, pero este informe se había archivado en silencio. Un segundo informe, de parte de una agencia independiente, cuestionó la calificación de los profesionales del Servicio Médico Legal, advirtiendo que no habían sido evaluados ni acreditados por organización forense internacional alguna. Instó a que toda identificación adicional fuese suspendida hasta que se aclarara el asunto, otra recomendación que fue ignorada. El «Escándalo del Patio 29», como se le empezó a denominar, amenazó hasta con dividir a la otrora fuertemente unida comunidad de Derechos Humanos. El foco de las acusaciones, decían algunos, no debía estar en los errores cometidos por el Servicio Médico Legal, en cambio, debían centrarse en la fallida responsabilidad del Estado, pasado y presente.

28 Pamela Pereira, en J.J. Ortiz, C. Uruza y H. Cossio, *Dramática notificación a familiares de DD.DD por error del SML: Anuncian acciones legales*, La Tercera, 22 de abril de 2006.

29 Alejandra Chacón, *Patio 29: El dolor de verlos desaparecer dos veces*, La Nación, 22 de abril de 2006, pp. 1–10.

Los huesos no son lo más importante de las personas. Si no hubiera Ley de Amnistía y declararan los militares involucrados se tendría información más exacta y estaríamos más cerca de la reconciliación. Eso no lo entregan los cuerpos, sino la voluntad política de llegar a la justicia.³⁰

Rogelio Rodríguez:

Si, de repente voy al cementerio, si, voy a veces. A visitar a los compañeros. Si, voy a ver a mis amigos muertos, de los que le estoy hablando, porque les tengo fe a los muertos. Conozco a mucha gente en las familias de los Detenidos Desaparecidos, ellos están muertos la mayoría. Si, veo gente que sufre mucho, madres por sus hijos, varias mujeres por sus maridos, por sus padres. Era muy triste en todo ese tiempo, ver las filas de cuerpos esperando en mis crematorios. Queriendo tener información.

Nena opinaba en 2007:

No me gustaría volver a vivirlo, no me gustaría volver a verlo. Porque tengo hijos, he criado nietos, tengo bisnietos, chiquitos, así que no me gustaría vivirlo porque me pongo emocional con facilidad, me conmueve cuando lo recuerdo. Yo diría que habría sido mejor si los hubieran dejado allí en el Patio, para reconocerlos con un Sitio de Memoria, una cosa buena sería arreglarlo. Me gustaría ver una plaza con un monolito con los nombres de todos [los desaparecidos] simplemente para saber si acaso los cuerpos existían aquí o no. Claro. Y detesto lo que vi, lo que se hizo aquí, que no quisiera verlo de nuevo, pero para mí quisiera ver esta plaza bonita, me gustaría verlo como una plaza como han hecho en otras partes donde mataron gente, cuando fueron detenidos y desaparecidos han hecho montones de Sitios de Memoria. ¿Así que por qué no lo hacen aquí cuando los cuerpos están aquí?

La historia de si la visión de Nena se ha cumplido, deberá esperar hasta el último capítulo.

30 Javier Rebolledo y Luis Narváez, *Patio 29. Muertos sin nombre*, La Nación, 29 de abril de 2006, pp. 3-4.

This text is taken from *Sin Descansar, En Mi Memoria: La lucha por la Creación de sitios de memoria en Chile desde la transición a la democracia*, by Peter Read and Marivic Wyndham, published 2017 by ANU Press, The Australian National University, Canberra, Australia.